

## MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y POLÍTICA: ORÍGENES HISTÓRICOS DE UNA PROBLEMÁTICA TEÓRICA EN LOS AÑOS 60\*

Víctor Santiago Calle  
Daniel Yepes Grisales\*\*

*“Sólo la pasión aguza el intelecto  
y contribuye a tornar más clara la intuición (...)  
Sólo quien desea fuertemente  
identifica los elementos necesarios  
para la reali-  
zación de su voluntad”.*

*Antonio Gramsci*

---

\* El presente artículo hace parte de los resultados de la investigación Historiografía política del Movimiento Estudiantil en Medellín 1957-2013, adelantada por los autores y financiada por el CODI y por el Centro de Investigaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia.

\*\* Los autores hacen parte y son impulsores del Semillero de investigación y análisis: Movimientos Sociales, Estado y Contienda política, inscrito en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Para contactos con el semillero y sus integrantes, escribir al correo electrónico: [semilleromsudea@gmail.com](mailto:semilleromsudea@gmail.com).

## Presentación

El presente artículo es el resultado de un apasionamiento por el Movimiento Estudiantil canalizado por vías académicas hace aproximadamente cuatro años, generando lo que hoy se conoce como Semillero de estudio e investigación en Movimientos Sociales, Estado y Contienda Política en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia.

Este trabajo nos ha conducido por caminos inusitados, pues tratando de mantener como referentes los marcos teóricos y metodológicos de la Ciencia Política, disciplina sobre la cual pretendemos intervenir y construir, a partir de los aún pocos elementos que hemos podido hallar, este objeto de estudio nos ha obligado a frecuentar permanentemente parajes del marxismo, el estructuralismo, el funcionalismo, el conductismo, el racionalismo, el análisis sistémico, entre otros, en disciplinas como la Sociología política, la Psicología social, la Antropología política y naturalmente la Historiografía política.

Hemos detectado un vacío en la disciplina politológica, referente a estos objetos, cuanto menos en nuestro país, y tenemos el firme convencimiento de que los pocos elementos de que disponemos en la actualidad pueden no ser suficientes, pero si necesarios para lanzar otra piedra sobre el propósito de construir una línea de investigaciones en torno al Movimiento Estudiantil, a su vez como primer paso hacia propósitos académicos y políticos de mayor envergadura y mayor alcance transformador, que pasan ineludiblemente por el estudio en profundidad de los Movimientos Sociales y las luchas de clases en *Nuestra América*, luchas y sueños de distintas escalas geográficas y temporales.

Se trata, pues, de un artículo que pretende, por una parte, esbozar referentes teóricos necesarios para abordar el estudio del movimiento estudiantil, así como problemáticas o discusiones históricas al interior del mismo y sobre él mismo. Esto para continuar en la tarea de la demarcación de un objeto de estudio poniendo en evidencia nuestra aspiración, claramente pretenciosa, de ser convocadores explícitos de un esfuerzo colectivo de largo aliento, en medio de un vacío institucional desconcertante que deberá -y tenderá a- ser llenado.

El o la lectora no deberá esperar, pues, una respuesta pormenorizada y sólida acerca de sus interrogantes en torno al tema indicado en el título, ni mucho menos un estado del arte exhaustivo en el cual, mediante discusiones teóricas y epistemológicas con todos los que han hablado y escrito -en todos los idiomas- sobre el asunto, resolvamos -y despachemos- el tema del Movimiento Estudiantil. Sin embargo, podrá encontrar algo más valioso: preguntas y sendas hacia otras preguntas y *maneras de preguntar* que, si bien no llenarán ciertas expectativas eruditas, pueden atestiguar con certeza el hecho de que son sinceras y de que en ellas hemos puesto nuestra energía vital, nuestro pellejo, y nuestra esperanza. Lo demás es trabajo. Apasionante trabajo.

## Introducción

Inicialmente podemos plantear a una sencilla pero significativa afirmación: la ciencia política está en deuda con el análisis del Movimiento Estudiantil en Colombia. Cada una de las disciplinas aludidas ha aportado de manera importante en el análisis y reconstrucción historiográfica del mismo, pero todas a pesar de

referirse permanentemente a lo político y la política, lo abordan casi siempre de manera indirecta desde sus propias disciplinas, lo que se constituye en limitaciones con respecto al análisis de la relación entre movimiento estudiantil y política.

Esto evidencia la necesidad de involucrar el lenguaje y los planteamientos teóricos de la Ciencia Política con este objeto de estudio, tomando referencias obligadas en el análisis del poder, como lo son el estudio del Estado y sus formas y la configuración de sus dispositivos ideológicos, de control y represivos; la relación del movimiento estudiantil y la configuración del régimen político burgués: la democracia; la producción y la reproducción de las relaciones de poder y dominación sobre el estudiantado y a su vez cómo éste último ha transitado entre la legalidad y la ilegalidad en sus intentos de cuestionamiento a la legitimidad del “sistema político” en momentos bien complejos del devenir de nuestra historia; o la relación recíproca entre los partidos políticos y el Movimiento Estudiantil, entre muchas otras aristas que siguen quedando enteramente por explorar.

Es evidente que uno de los mejores escenarios de propagación de la vida política a lo largo del siglo xx hasta la actualidad en Colombia, los han constituido las universidades públicas y privadas. Allí por ejemplo se han formado no sólo en los encierros educativos, las aulas, los pasillos, los auditorios y alrededor del tinto, sino también en las calles al calor de la protesta del movimiento estudiantil; importantes fracciones políticas y cuadros o dirigentes, oradores incansables, organizadores, estrategas e intelectuales apologistas del sistema pero también duros críticos, de derecha e izquierda. Escenarios donde se presentan prácticas y lógicas calificadas por muchos como enfermizas o anormales.

Otro ejemplo en forma de pregunta: ¿Qué se puede decir, por ejemplo, de la relación evidente entre partidos, organizaciones políticas, movimientos sociales y Movimiento Estudiantil, la cual se manifiesta en la evidencia empírica de la existencia de prácticas políticas en los espacios universitarios, las cuales involucran al estudiantado en la medida en que este pueda constituirse en un fuerte caudal político (contencioso y/o electoral)? Proceso que produce y reproduce organizaciones, fracciones y facciones de partidos, así como dirigentes y cuadros políticos de los mismos. Igualmente los movimientos sociales resuenan al interior de los encierros provocando relaciones de identidad y solidaridad de los estudiantes, convirtiendo el encierro escolar en un escenario de socialización, de resonancia de sus consignas y reivindicaciones, permitiendo que éstas truenen muchas veces también en las calles.

Este artículo tiene pues una preocupación evidente: el acercamiento a la relación entre política y Movimiento Estudiantil y su posibilidad de análisis desde la Ciencia Política. Frente a ello hay un fenómeno de análisis que consideramos necesario y es la reconfiguración del papel y la fuerza del Movimiento Estudiantil, así como de sus estructuras, planteamientos identitarios, repertorios, en suma, su fuerza en el contexto de la guerra fría, principalmente en la década del sesenta y el setenta del siglo xx, lo que hace, por ejemplo, que la preocupación y el interés sobre este objeto de estudio por parte de académicos de las ciencias sociales de la época aumenten de manera significativa a nivel mundial.

La reaparición con fuerza del Movimiento Estudiantil en los años sesenta-con manifestaciones desde los cincuenta- a base de las nuevas configuraciones de sus movilizaciones y su ac-

cionar, identidades, consignas, estructuras organizativas, está determinada por el grado de desarrollo del capitalismo en contextos socio-políticos específicos en cada formación social históricamente determinada. En este sentido el ME aparecería en abierta ruptura con el capitalismo y sus manifestaciones de dominación como la represión y el control político a través de prácticas como el Macartismo<sup>1</sup>; pero también rompiendo con el estalinismo burocrático, resistiéndose al “marranaje”<sup>2</sup> democrático al cual fueron condenados los partidos comunistas y las fuerzas de oposición de los distintos países no socialistas después de la segunda gue-

<sup>1</sup> Como Macartismo se conoce a una política interna norteamericana, encabezada por el senador republicano y católico Joseph McCarthy (1908-1957) quien entre 1950 y 1956 representó el extendido proceso de delaciones, acusaciones infundadas, denuncias, interrogatorios, procesos irregulares y listas negras contra personas sospechosas de ser comunistas, tomando como referencia jurídica las Leyes de Seguridad Interna (1950) y de Inmigración y Nacionalidad (1952) instauradas por el Congreso norteamericano, que, delataban, restringían y perseguían la actividad comunista. Esta ley fue concretizada en una real “cacería de brujas” a personas e instituciones acusadas de ser “comunistas”, en miles de casos, señalando y acusando a liberales y modernos progresistas como son los casos reconocidos de Charles Chaplin; el excepcional guionista de películas como “Exodo” y “Espartaco” Dalton Tnimbo, el destacado novelista Dashiell Hammet, entre las que destaca “El halcón maltés”... y en general activistas, medios de comunicación, agentes del gobierno e incluso militares de la talla de George Marshall fueron acusados por McCarthy de sospechosos de espionaje soviético o de simpatizantes del comunismo. La historia del macartismo coincide con el periodo inmediatamente posterior a la victoria de la revolución china y al estallido de la primera atómica soviética (1949), el mismo de la guerra de Corea. Es el momento de más exasperado anticomunismo de la segunda posguerra, que da lugar a una serie de “purgas” políticas en todo nivel y en todos los campos -pero sobre todo en el intelectual. Esta política se extendería al mundo “no soviético” entre los que estaba lógicamente Latinoamérica.

<sup>2</sup> Denominamos marranaje a la política de los Reyes Católicos, Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla, soberanos de la Corona de Castilla (1474-1504) y de la Corona de Aragón (1479-1516), en pleno periodo de la inquisición y tras la expulsión de moros y judíos del Reino de Castilla, condenan al “marranaje” a los judíos que quedaron en tierras ibéricas, el cual consistía en hacer comer cerdo en las plazas públicas a los judíos conversos al catolicismo para evitar su expulsión o exterminio. Para el caso del movimiento obrero, después de la segunda guerra mundial, este fue condenado a masticar públicamente la democracia, producto de los pactos generados después de la segunda guerra mundial entre Truman, Stalin y Churchill los cuales negociaron revoluciones y pactaron democracias silenciosas.

rra mundial, incluyendo los del “tercer mundo”. Estas son algunas de las características que situaban el contexto político internacional de aparición de los movimientos estudiantiles.

Es en este contexto donde se insertan las primeras producciones teóricas y políticas sobre el Movimiento Estudiantil, las cuales desde diferentes perspectivas abordan el estudio del mismo, considerando por un lado su peligro para los gobiernos, los mismos Estados, el desarrollo de la democracia y el capitalismo, y por el otro, considerando su papel relevante o no en la transformación de las relaciones sociales de producción al interior de los Estados, unas veces pensándolo como fuerza aliada otras veces como simple instrumento.

Es decir que a pesar de estar íntimamente ligadas las manifestaciones empíricas del Movimiento Estudiantil de la primera mitad del siglo xx con el de la segunda mitad del mismo siglo en Colombia, Latinoamérica y el mundo, lo que nos puede llevar a un mejor entendimiento del Movimiento Estudiantil actual es la comprensión del mismo, de sus reconfiguraciones producto de una multiplicidad de determinaciones en las que lo político y la política juegan un papel fundamental.

¿Pero qué hay de nuevo en este movimiento? Es el mismo pero no es igual. A principios de siglo encontrábamos consignas en el Movimiento Estudiantil bastante asociadas al liberalismo político: libertad de cátedra, autonomía universitaria, antiimperialismo, “democracia” a secas, ciencia y desarrollo, a mediados de siglo y en la posguerra fría, se construyen consignas como “*la imaginación al poder*” “*seamos realistas: exijamos lo imposible*”, “*uno, dos, tres... Muchos Vietnam*”. “*obreros, campesinos y estudiantes: ¡la*

*rebelión se Justifica!*”. Pasamos, por ejemplo de la protesta tipo desfile o marcha y de la participación democrática en los gobiernos universitarios, a su negación o combinación, con barricadas, enfrentamientos o tropes, promovidos por los denominados “grupúsculos” pero también por las organizaciones históricas y tradicionales de la izquierda.

### **Relevancia política y desarrollos teóricos alrededor del ME en Europa y Estados Unidos, en vísperas de la coyuntura crítica de finales de los años 60**

En este aparte la reflexión y debates sobre el Movimiento Estudiantil se concentra en como éste se presenta en la décadas de los cincuentas, sesentas y setentas, en contexto político internacional en el que se destacan la crisis del modelo de Estado benefactor del capitalismo y a la crisis del movimiento internacional obrero producto estalinismo burocrático en los años sesenta, asunto que también cobija el interés de teóricos de distintas disciplinas de la ciencias sociales.

La relación entre Movimiento Estudiantil y política podría remontarse a la historia misma de la universidad desde finales del siglo XIX, sin embargo es a partir de los acontecimientos sociales y políticos protagonizados por el estudiantado y acaecidos en diversos lugares del mundo entre mediados de los años sesenta y principios de los años setenta (EEUU, Alemania Oeste, España, Inglaterra, Checoslovaquia e Italia -1967-, Francia, China, Japón y México -1968, Argentina -1969-, Pakistán y Colombia -1971), donde detectamos, comenzaron las grandes discusiones en torno a su análisis, comprensión y particularmente en torno a su conceptualización.

En efecto, el 1968 parisino y mexicano son los referentes más emblemáticos y representativos del debate y estudio para militantes y/o teóricos a nivel internacional. Estos sucesos se multiplican en distintas ciudades despertando tanto el interés, como la producción teórica sobre Movimiento Estudiantil, y no en vano pues no sólo en Europa occidental, sino en el resto del mundo el Movimiento Estudiantil resonaría por mucho tiempo.

Revisemos someramente el contexto político internacional. Después de la segunda guerra mundial se reorganizan y reconfiguran los mercados según la nueva relación de fuerzas, después de pactos y condenas. La guerra fría con su carrera armamentista y su permanente “innovación” producto de la lógica de la misma, no tardó en extenderse y determinar la configuración de producción industrial incrementando la necesidad de la apertura de mercados, así como el aumento de la capacidad y velocidad de producción de países capitalistas adelantados. (Bensaid & Weber, 1969)

En consecuencia, la exigencia también recayó sobre la mano de obra o fuerza de trabajo humano, a través de la “educación” pues su calificación debía corresponder al nivel alcanzado por el aspecto material de las fuerzas productoras, formando cada vez más trabajadores calificados y altamente calificados, garantizando la denominada especialización y el reinado de la mano de obra a nivel técnico e incluso tendiendo a desaparecer las elites académicas al interior de sus instituciones.

Las consecuencias para los estudiantes serían: por un lado el creciente detrimento de las reales condiciones laborales escondidas en la ideología del ascenso social; por el otro el aumento desme-

surado del ejército de desempleados y para terminar el denominado “empleo informal”, como por ejemplo la forma reconocida socialmente del “abogado taxista”.

En este contexto y como otra víctima de esta lógica, el estudiantado, así como gran parte de la denominada “juventud” de los años sesenta aparece cuestionando los valores burgueses y de las estructuras capitalistas de formación profesional, condenando la nación, la familia y la ciudadanía como valores anacrónicos y de auto justificación de la sociedad burguesa; de donde emerge el rechazo al consumo privado y al porvenir prometido por esta sociedad, el cual todavía no logra una formulación política en una teoría o práctica, sino hasta finales de los años sesenta.



**Mural, Universidad Industrial de Santander. Foto de Daniel Yepes**

En el caso de Francia, por ejemplo, desde mucho antes de que se produjera el alzamiento de Mayo del 68 (1963), Louis Althusser<sup>3</sup> escri-

bía *Problemas estudiantiles*, analizando desde una perspectiva de la dialéctica marxista, la crisis de crecimiento del ME francés, el papel que debían desempeñar organizaciones como los sindicatos estudiantiles UNEF, así como el de los estudiantes políticamente organizados en la diferenciación e impulso correcto de las reivindicaciones económicas y las propiamente políticas.

Tal análisis es bastante relevante para muchos planteamientos posteriores del y sobre el movimiento estudiantil y la educación en general, pues es fundamentado teóricamente en

<sup>3</sup> Continuator de la obra de Antonio Gramsci en la fundación de la versión marxista moderna de la Ciencia Política (Herrera, 2013), sistematizada en los 70 por su discípulo Nicos Poulantzas (1969a, 1969b, 1976, 1979).

el planteamiento marxista sobre la división técnica y social del trabajo y, dentro de ésta, el papel que le corresponde al trabajo intelectual, el cual permitió desde comienzos de la década del 60, relacionar al ME con lo político y la política a través de su vínculo estrecho y su posible incidencia directa sobre la Escuela, considerada con posterioridad por el mismo Althusser como el principal “aparato ideológico del Estado” en el capitalismo (1971).

No obstante, en este momento (1963) el autor *mata el tigre y se asusta con su pelaje*, pues reconociendo el papel de la escuela en la división técnica y social del trabajo, saca a la universidad de esta lógica atribuyéndole categorías universales basadas en una especie de imparcialidad del conocimiento mismo. Esta tesis sería cuestionada por el mismo autor en 1971, sin embargo este primer planteamiento tendría –y aún tiene– mucho eco en las organizaciones estudiantiles, pues muchas de estas declaran en sus programas y sus consignas una universidad “autónoma” “científica” “de masas” “transformadora” “al servicio del pueblo” y no por su destrucción como aparato o instrumento de dominación y reproducción del orden social vigente. Esta reducción y beatificación del papel de la universidad, incorporándola al ideario del cambio social, – por vías pacíficas o violentas, – se manifiesta en teorías que olvidan el problema del desarrollo específico de la ciencia y su racionalidad en la lógica del capital.

En Francia también influyó el marxista E. Mandel, quien con sus tesis pronunciadas en discursos dirigidos precisamente a estudiantes en congresos, afirma, por ejemplo, la reintegración del trabajo intelectual en el trabajo productivo, y la transformación de las capacidades intelectuales del hombre en las principales

fuerzas productoras de la sociedad. (Bensaid & Weber, 1969).

En Alemania H. Marcuse y sus tesis tuvieron bastante incidencia en la comprensión del movimiento estudiantil. Entre las mismas se destaca su afirmación sobre la *pérdida del papel histórico del proletariado en la lucha de clases*, el cual fue integrado a la sociedad industrial. Esto, según los autores franceses Bensaid y Weber resultó potenciando el papel y la fuerza de lo que denomina las capas marginales “antiautoritarias” como lo son los estudiantes, y las condiciones en las que hallaran en su emergencia de los años 60, encontrándose *un campo de la acción revolucionaria casi virgen*, como sustituto provisional de la dirección revolucionaria, aniquilada o absorbida por el capital. “*El movimiento estudiantil desempeñó un papel catalizador de las fuerzas latentes, incapaces hasta entonces de expresarse políticamente*” (Bensaid & Weber, 1969, pág. 68).

Por otra parte, en Norteamérica desde el comienzo de la Ciencia Política como disciplina autónoma (década del 60), el ME aparece como un objeto relevante y de ineludible estudio. En Estados Unidos, el reconocido estudioso de la política Seymour Martin Lipset, considerado uno de los fundadores de la disciplina política en ese país, escribió en 1967 *El estudiantado y la política en una perspectiva comparativa* (1968), delimitado por el autor como:

“...un esfuerzo por reunir los diversos problemas planteados por el análisis de la política estudiantil en un trabajo sobre el Pensamiento Político Estudiantil Comparado del Centro de Asuntos Internacionales de Harvard” (p. 29).

Este trabajo en vísperas de los 50 años de ser escrito, sigue siendo una de las referencias más contundentes de la relación entre estos dos objetos: ME y Política.

En el mencionado trabajo, Lipset revela viejos antecedentes de dicha relación, y el reciente interés (1967) de los politólogos estadounidenses, dando una descripción que vale la pena reproducir<sup>4</sup>. Pero aún más importante en el trabajo de Lipset, es lograr delinear los precedentes históricos y políticos de importancia aún mayor, que el ME tomaría a partir del año en el que el autor escribe: 1967, desmintiendo con ello, de manera adelantada, a quienes verán –y siguen viendo– en el 68 el origen de todo.<sup>5</sup>

En su texto afirma que: Las demostraciones y movimientos estudiantiles jugaron un papel importante en el derrocamiento de Perón en la Argentina, en 1955; en la caída de Pérez Jiménez en Venezuela, en 1958; en la resistencia exitosa contra Diem en Vietnam, en 1963; en las manifestaciones masivas contra el Tratado

de Seguridad nipón-americano en el Japón, en 1960, que obligaron a dimitir al gobierno Kishi; en el movimiento anti-Sukarno de Indonesia, en 1966; en las demostraciones de octubre por una mayor libertad en Polonia, en 1956; en la Revolución Húngara de 1956 (...) En Corea, los estudiantes iniciaron el movimiento exitoso que puso fin al gobierno de Rhee en 1960 (Lipset, 1967).

En este asunto se basará en uno de sus maestros académicos: C. Wright Mills, quien desde la sociología también es un referente fundamental la Ciencia Política estadounidense (con aportes monumentales como el concepto de élite política) quien resaltaba:

*“...una importante base potencial de masas para nuevos movimientos revolucionarios. Los intelectuales y los estudiantes siguen siendo una fuente de líderes radicales y de apoyo de masas, al revés de otros elementos de la sociedad.”* (p. 3).

La nueva emergencia o explosión de la participación política de los estudiantes, Lipset prefiere no atribuírsela a la explosión demográfica de las ciudades –que es la hipótesis predilecta de algunos autores colombianos –, tomando más bien como referencia un conjunto importante de variables que van desde el grado de desarrollo del país, el tipo de gobierno, pasando por el tipo de universidades, las carreras, hasta las condiciones familiares y personales de los estudiantes, los cuales toma finalmente como objeto de estudio principal. Frente a su interés politológico Lipset aún no se desprende de la herencia de la sociología para su análisis.

<sup>4</sup> “Los estudiantes jugaron un papel decisivo en las revoluciones de 1848 de Alemania y Austria, y el activismo estudiantil promovió el “Parlamento de Profesores” que estuvo a punto de derrocar a varias monarquías. En la Rusia zarista los estudiantes encabezaron diversos movimientos revolucionarios, y los predios universitarios llegaron a convertirse en un importante centro de la actividad revolucionaria. En los países de Europa oriental, donde la educación beneficiaba a una pequeña parte de la población, los estudiantes fueron a menudo los agentes de las ideas modernas de libertad, socialismo, industrialización e igualdad de oportunidades. La participación del estudiantado en los movimientos por la independencia nacional de las áreas en desarrollo data de medio siglo o más. En la China imperial, los estudiantes jugaron un papel clave en el esfuerzo imperial por la modernización, pero al mismo tiempo propagaron las ideas radicales y republicanas por todo el cuerpo de la sociedad. Los estudiantes ayudaron a derrocar la dinastía en 1911, y fueron uno de los elementos que posteriormente impulsaron a la China hacia la modernización y la adopción de una ideología radical. En otros países del Asia y del África, los estudiantes fueron a menudo un elemento clave de la lucha anticolonial.” (Lipset, 1968, p. 1)

<sup>5</sup> Sin embargo, el mismo mayo francés cuestiona varios argumentos de Lipset entre los que se destaca la afirmación de que es menos probable que los movimientos estudiantiles se presentaran en Estados democráticos y con mayores niveles de desarrollo.

## Coyuntura de los años sesenta: crisis del movimiento obrero, macartismo y reconfiguración del ME como fuerza social

Un elemento de referencia de mucha importancia en el contexto de reconfiguración del Movimiento Estudiantil en los años sesenta, es la situación del Movimiento Obrero en crisis, importante tema el cual está conectado con cada una de los elementos aludidos, pues después de la segunda posguerra, muchos partidos comunistas y socialistas, en varios países –con excepciones notables– hicieron juego con las burocracias estatales y particularmente con la burocracia estalinista. Al respecto, Lipset, basándose en Mills, señala que:

*“... si muchas gentes de izquierda se muestran hoy dispuestas a reconocer el papel político del estudiantado, ello obedece al hecho de que saben que no siempre puede contarse con el apoyo de otras fuerzas sociales.” (p. 2).*

Mills y Lipset hacen eco de un fenómeno bastante destacado después de la segunda guerra mundial y es lo que ocurre con los partidos comunistas, del bloque no “socialista” los cuales son víctimas del Macartismo, política norteamericana que desde la guerra fría declara proscritos e ilegales, los partidos diferentes de las orbitas demócratas y republicanas, montando una persecución anticomunista impulsada por el senador Joseph McCarthy en Estados Unidos de la que no se salvaría ni Charles Chaplin, la cual se extendería progresivamente en todo este bloque y obviamente se manifiesta en Colombia, donde se declaró ilegal el Partido Comunista, haciendo posteriormente que muchos de los partidos y organizaciones comunistas “mastularan” públicamente su apoyo incondicional a la democracia.

Para resumir, Lipset plantea un análisis bastante sociológico sobre el cual trata de plantear una metodología para responder a la pregunta sobre quiénes son los posibles activistas en las universidades, configurando una interesante matriz de análisis para “detectar” posibles configuraciones del movimiento estudiantil, así como sus potenciales actores. A su vez plantea un reto al desarrollo y a la democracia en general, pues si bien argumenta la imposibilidad del ejercicio del poder y la formulación de gobierno por parte del estudiantado, bosqueja la necesidad de que el sistema político lo integre de la forma en que lo hizo con los partidos, los cuales asumieron los compromisos y mecanismos constitucionales, pues reconoce el peligro de la participación protagónica del estudiantado en revueltas, rebeliones, insurrecciones... que ponen en aprietos los mismos procesos de desarrollo en los Estados. Cabe entonces la pregunta ¿Qué es la política para Lipset?

Aquí ya es caracterizado el estudiantado como fuerza social, “peligrosa y nociva” con fuertes potenciales y para nada despreciables, convirtiéndose, en la década del 60, en una fuerza social relevante a la luz de todos, a la derecha y la izquierda del espectro político. Como prueba de ello, en 1966 se publica en España un amplio estudio, inspirado en los trabajos de Lipset y Mills, dirigido por José Manuel García, titulado *Universidad y política en América*<sup>6</sup>, dedicado a comprender –para combatir– el ME, “esa conjura que trata no sólo de minar el orden académico de los Estados Unidos, sino incluso de acabar con su sistema político tradicional.” (1966, p. 121)<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> En el cual se afirma que “en la Europa moderna puede decirse que casi todos sus movimientos sociales y políticos nacieron en los claustros académicos y posteriormente en Iberoamérica ocurrió lo mismo” (García, 1966, p. 19).

<sup>7</sup> García reseña en su texto, además del caso estadounidense, los casos

De allí destacamos el libro de Daniel Bensaid y Henry Weber, “Mayo 68: un ensayo general” (1969) escrito “al calor del tropel” como diría Carlos Medina, en circunstancias de represión y persecución policial.<sup>8</sup> Desde otro punto de vista, llegan a problemáticas similares, pues para estos autores el desengaño de muchos militantes revolucionarios y anticapitalistas producto del marranaje democrático o macartismo aludido y la crisis internacional del movimiento obrero, son determinantes en la apertura de lo que consideran la primera brecha de la sociedad capitalista después de la segunda guerra mundial: el Movimiento Estudiantil.

El Movimiento Estudiantil es entendido por estos autores de marcada influencia marxista, también como el resultado del desarrollo de la lucha de clases producto de las contradicciones emanadas de las relaciones sociales de producción que a partir de una reconfiguración cualitativa y cuantitativa del medio estudiantil, presentándolo como una “fuerza social”:

*“... en un contexto político que le ofrece un lugar privilegiado, pues es el eslabón de la cadena de integración política cuyos extremos están en las manos de los partidos burgueses por un lado y tradicionales de izquierda por el otro”. (Bensaid & Weber, 1969, pág. 35).*

---

de Colombia, Argentina, Perú, Bolivia, Venezuela, Ecuador, Brasil y México, además de mencionar casos como Panamá, Chile, Roma, Francia, Holanda, Indonesia, Japón, Argelia y Marruecos, llegando a afirmar que “apenas hay lugar en el globo que no haya sido escenario de protestas y manifestaciones de esta clase” (p. 162) Cabe resaltar que el texto se escribe dos años antes del 68.

<sup>8</sup> Sus autores fueron destacados militantes de las jornadas parisiñas en la Juventud Revolucionaria Comunista de Francia y posteriormente se presentan como autores y profesores de las mismas universidades francesas, los cuales plantean la necesidad de estudios científicos más exhaustivos sobre el fenómeno.

Lo nuevo de su planteamiento obedece al papel que asignan a los denominados “grupúsculos estudiantiles y políticos” los cuales fueron la base del 68 francés, pero también en otros países de las regiones aludidas, quienes se constituyeron en fuerza política real cuestionando la quietud, las burocracias, las alianzas y acuerdos propios del estalinismo y con consecuencias negativas para la misma lucha, bajo el pretexto de la respetabilidad del partido<sup>9</sup>.

Estos *grupúsculos*<sup>10</sup>, que son planteados por estos autores como las nuevas vanguardias de la lucha, aparecen desde finales de la década del 50 en Estados Unidos, Japón, Europa occidental y Latinoamérica-, llegando a la política en un contexto de doble crisis; por una parte la crisis del capitalismo y su modelo de Estado de bienestar y por la otra la crisis del movimiento obrero *internacional*:

*“... dividido en tendencias, desgarrado por querellas, ya no es el polo único y seguro del que todo militante espera la salvación; hoy en el enredo de teorías y programas, cada quien debe realizar el esfuerzo de ubicarse”. (Bensaid & Weber, 1969, pág. 17).*

---

<sup>9</sup> Los pactos y el pacifismo, inundaron las disposiciones de las burocracias obreras, las cuales dispusieron del movimiento obrero internacional de manera ajena a los intereses del mismo apareciendo ahora “trágicamente desnudas ante sus responsabilidades” el ablandamiento o “social democratización” de los partidos comunistas, disimulado por un aparente rigor organizativo del estalinismo, según los autores refleja su descomposición.

<sup>10</sup> Estos “grupúsculos” que se manifiestan inicialmente en grupos y sectas que rechazan confusamente el orden burgués, mediante formas toscas como el consumo de drogas, la rebeldía capilar, indumentaria o de vestimenta, las conductas asociales... pudiendo llegar a constituir subculturas o micro sociedades, fuertemente ritualizadas (hipismo, cocacolisimo) -en incluso rivalizadas entre ellas mismas-, en formas más elaboradas como los beatniks, ferias y festivales de música como Woodstock o su versión criolla, el festival de Ancón, en los cuales el capital hace fiesta con nuestra propia miseria.

En síntesis, según Bensaid y Weber para que estratos enteros de la juventud y de los estudiantes, tuvieran acceso a la acción política, fue necesario que la sensación del vago malestar producida por la crisis de los valores burgueses aludida, quedase apuntalada y concretizada por dificultades de la formación profesional, en la que una capa numéricamente

acrecentada de estudiantes que ocupa un lugar estratégico dentro de la sociedad de clases, las posibilidades de entablar un accionar que progresivamente intervendría de manera violenta y espectacular en la política. Por ende según los autores, aquí es donde esta lucha toma formas y contenidos políticos.

Lucha contra la universidad burguesa es la forma específica que toma el rechazo de la sociedad burguesa por parte de los estudiantes. Orientada contra la universidad clasista, esta lucha es inmediatamente política. Las consignas que lo expresan suelen ser “maximalistas” o sea que buscan y exigen una universidad y un “estatuto estudiantil” que no puede lograrse sino por la transformación de la sociedad en su conjunto; presuponen la revolución. Por eso, las luchas estudiantiles parecen entrar en la utopía, sin aportar la contribución, ni los elementos esperados por ellas (Bensaid & Weber, 1969, pág. 21).

Esta ruptura con la ideología burguesa, con el estalinismo y el doble rechazo, según los autores, liberan energías revolucionarias portadoras de

*“Esta reducción y beatificación del papel de la universidad, incorporándola al ideario del cambio social, – por vías pacíficas o violentas –, se manifiesta en teorías que olvidan el problema del desarrollo específico de la ciencia y su racionalidad en la lógica del capital”.*

un nuevo internacionalismo, influenciado por la resistencia anticolonial y por la solidaridad con “las luchas del tercer mundo”, no sólo mediante actitudes lastimeras o solidarias de discurso tipo festivos, sino mediante la incorporación

de consignas como las del Che Guevara, “uno, dos, tres... Muchos Vietnam”, las cuales tuvieron

un eco importante dentro del estudiantado hasta el punto de presentarse como uno de los planteamientos estratégicos de carácter internacional más significativos.

En este contexto de solidaridad nacen los hijos bastardos de los partidos estalinistas, se congregan en grupúsculos abundantes, casi todos adscritos al movimiento obrero, por fuera de los pactos estalinistas. “de la oposición de la izquierda al guevarismo, del estalinismo a ciertas formas de maoísmo, de la tradición libertaria al anarquismo contemporáneo”, (Bensaid & Weber, 1969). Se distinguen continuidades y rupturas, las cuales no aceptan la hegemonía de los monopolios políticos por derecho divino y eterno, pues la exclusión del partido percibido como rodaje del sistema, ya no significa necesariamente la muerte política.

*“...en mayo, los grupos menores demostraron que no eran simples cenáculos de café, epifenómenos divertidos y folclóricos de la fauna política. Salieron de la sombra de los partidos que los nutrieran para pasar de la impugnación ideológica del capitalismo a su impugnación directa”.* (Bensaid & Weber, 1969, pág. 24).

La rápida evolución cuantitativa y cualitativa de estos grupúsculos fue influenciada por experiencias organizativas como la *Zengakuren* en Japón, quienes mostraron cómo un movimiento juvenil, armados con cascos y palos enfrentan a la policía o los estudiantes alemanes quienes arman barricadas en las calles de la Alemania occidental, muestran cómo pueden convertirse en una fuerza política real “concretizando su autonomía organizacional con formas específicas de acción”, (Bensaid & Weber, 1969, pág. 26).

Estas formas de lucha violentas no son una simple explosión casual, tienen una función particular y directamente asignada “... se trata de quebrantar el juego de la legalidad burguesa, en la que la política ya no es un enfrentamiento de clases sino un certamen deportivo y leal”, (Bensaid & Weber, 1969, pág. 26). Después de grandes y largos debates teóricos, según los autores, los estudiantes se dieron cuenta de cómo la democracia burguesa, se caracteriza por permitir “que el señor vaya de paseo con su perro y por permitir protestas en contra de la guerra de Vietnam, pero dirigiéndolas”. Evidenciado mecanismos de integración a la sociedad existente así como sus reglas de juego, las cuales el movimiento estudiantil desconoce, volviendo el punto de partida de su politización, el quebrantamiento concienzudo de las mismas. (Bensaid & Weber, 1969, pág. 26).

En Berlín, en un congreso estudiantil de 1967, estos deciden provocar la acción permanente de los estudiantes incluyendo los de secundaria, convocando a los trabajadores y montando nuevas técnicas y formas de participación política, volviendo las manifestaciones ya no simples manifestaciones simbólicas y rituales sin vigor, sino actos políticos, en los cuales se combinan las provocaciones incendiarias minoritarias, con las grandes iniciativas legales de protesta, dándole un nuevo contenido e imagen a la política.

Es en este sentido que el movimiento estudiantil es entendido como la primera brecha de la sociedad capitalista después de la segunda guerra mundial. “los que no comprenden hoy el papel del Movimiento



**Mural, Universidad Industrial de Santander.  
Foto de Daniel Yepes**

Estudiantil, no quieren entender ni reconocer el hecho fundamental de que la fuerza principal del hombre, será su creación intelectual: esta fuerza es hoy parcialmente productiva, ya que la sociedad capitalista la castiga y la castra tan despiadadamente como castra la personalidad y el deseo de crear del trabajador manual. (...) esta fuerza intelectual

es doblemente revolucionaria y productiva. Lo es por su conciencia de las inmensas riquezas del capitalismo contemporáneo y porque los productos de esta toma de conciencia son hon-



damente revolucionarios” (Bensaid & Weber, 1969, págs. 33 - 34).

Las distintas experiencias en los países han venido adquiriendo sus propias tradiciones y forjando sus organizaciones con una autonomía política y organizativa relativa, convirtiendo el Movimiento Estudiantil en un detonante de tensiones sociales y políticas. En este sentido, para estos

autores, la importancia del Movimiento Estudiantil y por ende de su análisis, se explica por un deslizamiento de la contradicción principal al interior del sistema, configurando una rebelión estudiantil, no entendida como una explosión de pequeñoburgueses ansiosos de más privilegios, sino como la primera brecha de la sociedad capitalista, en la sociedades de Europa occidental después de la segunda guerra mundial.

La clase obrera no sería entonces la contradicción fundamental y viva de la sociedad moderna y establecida. Según los autores la única impugnación posible de esta sociedad, debe emanar de las capas marginales “antiautoritarias” que están exceptuadas de las reglas de las cuales los estudiantes y con mayor razón “los desesperados del tercer mundo” son un ejemplo privilegiado” (Bensaid & Weber, 1969, pág. 35).

### **ME, política y teoría en América Latina: Precedentes de la coyuntura crítica de los años 60**

En el caso latinoamericano, el ciclo 67-71 tuvo grandes repercusiones en términos de la aceptación generalizada de la íntima relación entre ME y política, y más aún, política revolucionaria. Sin embargo, esta relación se vislumbraba en América Latina desde mucho antes de este auge de los sesentas y setentas. En estos parajes tenemos nuestros propios acontecimientos fundacionales, desde los mismos inicios del siglo xx. Particularmente la reforma de Córdoba, Argentina, de 1918, se ha constituido en un referente fundamental. Como veremos para el caso de Colombia, la relación entre ME y política venía incluso de mucho más atrás.

Más profundamente, al respecto del caso latinoamericano nos habla el uruguayo Aldo Solari en su importantísima y pionera obra *Estudiantes y política en América Latina* (1968).

Para Solari, los procesos de rebelión de los estudiantes en 1968 tendrían causas y explicaciones harto diferentes en cada contexto continental y nacional, resaltando con ello la particularidad del ME en América Latina. A pesar de su tono crítico e incluso pesimista, Solari no puede más que partir del reconocimiento de la importancia política de este movimiento: “*Es innegable que ciertas transformaciones se han producido por la obra de los movimientos estudiantiles*”, (1968, p. 13).

Además, plantea que El movimiento estudiantil “*es una vía de acceso y un modo de ejercicio del poder y se encuentra muy estrechamente ligado y de una manera bastante específica a la mecánica del poder político en América Latina*”, (p. 12). Y finalmente concluye que estudiar a los estudiantes es “*en última instancia una manera de pensar a la sociedad latinoamericana y es una lástima que relativamente tan pocos análisis sistemáticos se les hayan dedicado*”, (p. 13).

Por su parte, Juan Carlos Portantiero, en el libro titulado *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*, nos expresa cómo los sucesos de Córdoba no tardaron en desplazarse hacia los otros países del continente. El “destino americano” que los estudiantes argentinos habían intuido para la reforma universitaria se expresó en poco tiempo como una violenta onda que sacudió primero a Perú, luego a Chile, más tarde a Cuba, Colombia, Guatemala, Uruguay. Una segunda oleada, posterior a 1930, abarcará al Brasil, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Venezuela, México (Portantiero, 1978).

Pero lo más impresionante del trabajo de Portantiero es su planteamiento acerca de la Revolución Cubana. Retomando las contribuciones del sociólogo estadounidense Wright Mills acerca del resurgimiento de la insurgencia juvenil, muestra cómo, además de los casos de Corea y Turquía, el sociólogo se interesó particularmente por Cuba. Para Portantiero existe una clara línea que va de José Martí, pasando por el activista cubano más destacado en la primera década de la Reforma: Julio Antonio Mella, hasta llegar finalmente a Fidel Castro, activista estudiantil que pasaría a ser el líder del Movimiento 26 de Julio y de la Revolución Cubana. En palabras del propio Portantiero:

No hay ejemplo más restallante de una revolución de jóvenes que el cubano. Y no sólo de jóvenes, genéricamente, sino de jóvenes universitarios que, en la mejor tradición de los sueños del 18, logran derrocar a una poderosa oligarquía política y poner en marcha un proceso de transformaciones sociales. Las proyecciones ideales de la reforma universitaria, las ilusiones soñadas desde el Manifiesto de Córdoba encontraban, en la isla del Caribe, su realización histórica (1978, p. 115).

(...) Pero lo que interesa no es sólo esta asociación física entre estudiantes y revolución. Más allá de ello, como programa, como ideología inicial, el movimiento antibatistiano surge como una réplica de los contenidos asumidos por el movimiento universitario en el continente cada vez que, desde 1918, intentó proyectarse a la acción política. (...) Porque Fidel es Mella, pero es también el espíritu continental, bolivariano, nacional en el sentido de la “patria grande”, que los estudiantes reincorporaron al debate político en los inicios de la década del veinte antes que ningún otro sector social (p. 127).

Queda pues sobradamente ilustrada la relevancia política y teórica del Movimiento Estudiantil como una de las fuerzas sociales que más ha marcado la historia política en el ámbito mundial y latinoamericano.

### **Relevancia política del Movimiento Estudiantil en Colombia (somero repaso cronológico)**

*...es a la juventud y a su rebeldía que se deben los cambios más positivos, y no a la tecnoburocracia.*

Ricardo Sánchez Ángel

En el caso colombiano, hay quienes afirman, entre ellos Mauricio Archila, que la participación en política de los estudiantes data de tiempos coloniales y que fue particularmente importante durante los procesos de independencia de Colombia. Pero sería solo hasta la década de 1920 que se comenzarán a sentar unas primeras bases para un Movimiento Estudiantil de carácter nacional en el país, con la conformación de la Federación Nacional de Estudiantes en 1922, la cual realizaría cuatro congresos: Medellín (1922), Bogotá (1924), Ibagué (1928) y Santa Marta (1930) (Archila, 2012, p. 74). Donde participaron futuros políticos de la talla de German Arciniegas, Gilberto Álzate Avendaño, Luis Tejada...

En relación con fenómenos posteriores, Raúl Alameda Ospina relata algunos episodios de *62 años de relación entre los movimientos estudiantiles y el movimiento político en Colombia*, coyunturas en las que fue decisiva la participación del ME, tales como la huelga de 1937, el golpe de Pasto de 1942, la campaña gaitanista de 1946, el 9 de abril de 1948, la huelga de 1952, el 8 y 9 de junio de 1954, la caída de Rojas en 1957, la huelga de Talleres Centrales en el mismo año,

la experiencia del Frente Unido, el intento de refundación del Partido Socialista y el origen del M-19, (Alameda, 2005).

Pero es a partir de la década de 1950, de la mano del proceso de *masificación de la educación superior*, que el ME comenzaría a cumplir un papel verdaderamente político a escala nacional. La primera de estas intervenciones de gran impacto serían las jornadas de protesta del 8 y 9 de junio de 1954 de las que resultan más de trece estudiantes muertos, pero que tuvieron gran visibilidad por ser la primera gran confrontación directa por parte de las clases subalternas o “sociedad civil” a la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, recién impuesta en 1953. Este episodio marcaría un punto de ruptura entre el Movimiento Estudiantil y Rojas (algunos estudiantes lo habían apoyado en su derrocamiento del gobierno del conservador Laureano Gómez), así como el inicio de un proceso de organización y politización en el ámbito universitario, que confluiría en el destacado papel que cumplió el Movimiento Estudiantil en los episodios de 1957 que terminarían con el derrocamiento de la dictadura de Rojas (Lebot, 1978).

A partir de ese momento el Movimiento Estudiantil entrará en una etapa de auge organizativo, gremial y político que durará hasta 1967, significando durante toda esa década un acontecimiento político en sí mismo. De hecho uno de los productos de esos primeros años de organización estudiantil sería la conformación en 1964-65 del Ejército de Liberación Nacional (ELN), con participación de importantes activistas de la Universidad Industrial de Santander (UIS). Desde 1966, el presidente Lleras Restrepo adelantaría una política de Estado altamente represiva, que estigmatizó al Movi-

miento Estudiantil y todas sus expresiones, volviendo ilegales sus principales organizaciones, tales como la Federación Nacional (FUN) y los Consejos Superiores Estudiantiles de todas las universidades, (Leal, 1981).

El ambiente represivo de finales de los 60, en medio de un contexto mundial marcado por la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam y las disputas chino-soviéticas, lo único que consiguió fue radicalizar el movimiento, el cual se subdividió en gran cantidad de grupos políticos con marcada vinculación ideológica y política con organizaciones de Izquierda de carácter nacional, incluso con organizaciones armadas. Muchos de los activistas de los sesenta ingresarían, impulsados por el ejemplo del capellán de la Universidad Nacional y sociólogo Camilo Torres Restrepo –líder en el momento del movimiento político Frente Unido–, a las filas de los grupos insurgentes, fundamentalmente al Ejército de Liberación Nacional (ELN), pero también (en décadas posteriores) a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), al Ejército Popular de Liberación (EPL) y al M-19, (Leal, 1981).

Tras la represión posterior al gran movimiento del 71, el Movimiento Estudiantil entra en una etapa de acción violenta desarticulada y en una especie de fuga de la universidad, hacia un compromiso social con otros movimientos sociales, particularmente cívicos y barriales, que se encontraban en emergencia ascendente para la época. Esta confluencia estudiantil-popular será determinante para la ocurrencia del Paro Cívico Nacional de 1977, el cual es considerado de la magnitud de un alzamiento insurreccional. Aún está por establecerse *el grado* de participación estudiantil en esta coyuntura política de gran importancia, así como el hecho de si tal

participación puede ser considerada o no como expresión del Movimiento Estudiantil. Pero es un hecho que sí hubo tal participación y que fue de relevancia.

Producto del Paro Cívico, sobreviene una nueva oleada represiva, desencadenada por el recién entrado presidente Turbay Ayala, quien decreta en 1978 el llamado Estatuto de Seguridad, la más tiránica y cruel herramienta represiva que conocía el país desde la llamada Ley de los Caballos, impuesta por el Regenerador conservador Rafael Núñez en 1888 para perseguir a los liberales. Ante este Estatuto también hay resistencia estudiantil. Al respecto, Olmedo Vargas Hernández relata y explica los sucesos de 1979 del llamado “catedralazo” de Tunja. Según Vargas, “el movimiento universitario que se desarrolló desde la UPTC (...) precipitó la caída de la legislación militarista o Estatuto de Seguridad” el cual “amparó la nueva fase del terrorismo político de Estado”, (Vargas, 2005, p. 78).

Durante la década de 1980, la represión estatal llegará a niveles impresionantes, configurándose (gobiernos Betancur y Barco) la llamada *guerra sucia* que, en asocio con el narcotráfico y los sectores más retrógrados del país, se dedicó a intimidar, perseguir y exterminar de manera selectiva a los líderes de izquierda, tanto dentro como fuera de la universidad. Caso destacado en términos de su trascendencia política fue el exterminio de al menos dos movimientos políticos de izquierda, A Luchar y la Unión Patriótica, cuya magnitud implicó que para ese momento ya fuera una importante fuerza político-electoral en el país. Ante esta situación, nuevamente el Movimiento Estudiantil se configura como un actor político relevante, al organizar la resistencia pacífica a la guerra sucia, siendo muy importante para la introducción en el país del discurso y la consciencia sobre los Dere-

chos Humanos y la Democracia, hoy valores casi indiscutidos, (Quintero, 2007).

Durante 1990 el Movimiento Estudiantil vuelve a hacer aparición en la escena política. Importante en términos de que este mismo aparentemente incidió, en ese caso, en la definición de un cambio político institucional que se venía esperando desde hacía más de un siglo. No obstante, sigue pendiente determinar hasta qué punto dicha campaña, realmente constituyera una acción colectiva impulsada por las organizaciones propias del Movimiento Estudiantil, y no su instrumento legitimador.

Durante los 90 el Movimiento Estudiantil no parece haber cumplido un papel político de mayor trascendencia en las coyunturas que se presentaron. Aunque hubo campañas estudiantiles

durante la década, e incluso llegaron a desarrollarse a nivel nacional como la adelantada en contra del PND de Andrés Pastrana, en 1999, no tuvieron la relevancia política de las que hemos señalado. Sería hasta el año 2007 y seguidamente hasta 2008 el Movimiento Estudiantil volvería a hacer aparición y a significar un desafío importante al Estado, en este caso al gobierno autoritario de Álvaro Uribe Vélez, caracterizado por aplicar el terrorismo de Estado y revivir la guerra sucia a través de la llamada Seguridad Democrática, (Quintero, 2007).

Hasta ese momento casi ningún sector social se había atrevido a enfrentar directamente al Gobierno en las calles, debido a la represión. A partir del movimiento desatado en 2007 en contra de la inminente aplicación de la reforma de la Universidad Nacional (iniciada años atrás



***Campaña "Soñar no es un delito". Homenaje realizado por el Colectivo de Derechos Humanos Martín Hernández. Universidad de Antioquia, Febrero de 2015. Foto de Julián Cruz***

por AntanasMokus), muchos otros sectores se alzarían contra Uribe, incluyendo a los indígenas, los corteros de caña de azúcar, los obreros petroleros de Pacific Rubiales, los camioneros, los funcionarios de la rama judicial, entre otros. Algunos de estos movimientos contaron con la solidaridad activa por parte del Movimiento Estudiantil.

Tras la oleada represiva de 2009-2010, volvió a renacer el papel político del Movimiento Estudiantil en 2011, campaña sobre la que se ha hablado y escrito mucho últimamente (Archila, 2012). Algo interesante, sobre lo que valdría adelantar intentos explicativos, es el hecho de que el ciclo de 2011, al igual que el de 1971, se enmarca en todo un contexto mundial de rebelión estudiantil, con lo cual volvemos a ligar lo nacional con lo latinoamericano y lo mundial. En México fue en 2010, en Chile durante 2011, en Grecia e Inglaterra durante estos mismos años. Posteriormente se levantarán en Francia, Canadá y España, configurándose como tal el pico de un nuevo momento en las protestas juveniles y estudiantiles, que ha sido llamado por unos “altermundismo”, por otros “movimientos antisistémicos” y por otros “movimiento de indignados”. No puede decirse que estos últimos sean expresión exclusiva del Movimiento Estudiantil, pero es indudable su participación activa y en muchos casos protagónica.

## Epílogo

Luego de haber abordado la cuestión de la relevancia política del ME, tanto a nivel mundial como latinoamericano y colombiano; y de haber planteado y sustentado *la hipótesis de la reconfiguración del ME a nivel mundial en la coyuntura de 1967-71 como una fuerza política revolucionaria*; queda abierta y pendiente la posibilidad del

estudio juicioso del Movimiento Estudiantil en el “caso” colombiano y en otros “casos” latinoamericanos importantes, tales como México, Argentina, Chile y Venezuela.

En efecto: ¿a cuál(es) reconfiguración(es) nos podemos estar enfrentando en los últimos años?, ¿el caso venezolano y su atípico ME “oposicionista” contradice la hipótesis de las reconfiguraciones?, ¿el estudiantado –y su expresión política el Movimiento Estudiantil– poseen existencia mundial o extra-nacional como solía plantearse en relación con el proletariado?, ¿hasta dónde funcionan las explicaciones transnacionales de la relación entre ME y política y hasta qué punto se hacen indispensables las consideraciones nacionales? Son preguntas que quedan abiertas y que deben motivar esfuerzos coordinados de estudio y reflexión en aras de alimentar los propios procesos y prácticas estudiantiles del presente y del porvenir.

Abril de 2015.

## Referencias Bibliográficas

- Acevedo T., A., & Samacá, A. (2011). El movimiento estudiantil como objeto de estudio en la historiografía colombiana y continental: notas para un balance y una agenda de investigación. *Revista Historia y Memoria*, 45 - 78.
- Alameda, R. (2005). Los movimientos estudiantiles y el movimiento político en Colombia: relación durante 62 años. En V. Olmedo, *Movimientos Universitarios. América Latina siglo xx* (págs. 65 - 76). Tunja, Colombia: Editorial Jotamar.
- Althusser, L. (1963). *Problemas Estudiantiles. Documentos Políticos*. Pág. 71 - 104.
- Althusser, L. (1971). *Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado*. Bogotá: Oveja Negra.
- Archila, M. (2012). El movimiento estudiantil en Colombia, una mirada histórica. *Revista del Observatorio social de América Latina OSAL*, 71 - 104.
- Bensaid, D., & Weber, H. (1969). *Mayo 68: Un ensayo General*. México: Ediciones Era, Colección Ancho Mundo.
- Borrero, A. (2008). *La Universidad. Estudios sobre sus orígenes, dinámicas y tendencias. Tomo IV. Historia Universitaria: los Movimientos Estudiantiles*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- García, J. M. (1966). *Universidad y Política en América Latina*. Madrid: Afrodisio Aguado, S.A.
- Herrera, M. A. (2013). *Antonio Gramsci y la crisis de hegemonía. La refundación de la ciencia política*. Universidad Nacional de Colombia.
- Leal, F. (1981). *La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil 1958-1967*. *Desarrollo y Sociedad*, 298 - 325.
- Lebot, Y. (1978). *Educación e ideología en Colombia*. Bogotá: La Carreta.
- Lipset, S. (1967). El estudiantado y la política en una perspectiva comparativa. *ECO. Revista de Occidente*, 1 - 30.
- Medina, C. (2000). Sobre el movimiento estudiantil. (págs. 1 - 23). Bogotá: Grupo Enfoque.
- Navia, L. (1997). El estudiantado: Nueva categoría social. *Revista Universidad de Medellín*, 49 - 54.
- Navia, L. (1999). En la escuela, ¿está el prolegómeno al régimen político solidario. *Kabái*, pág. 59 - 68.
- Portantiero, J. C. (1978). *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*. México: Siglo XXI.
- Profesores, C. d. (2010). *Universidad y Coyuntura: Una oportunidad para decir*. Medellín: Instituto de Estudios Políticos Universidad de Antioquia.
- Riechmann, J. (1994). *Redes que dan libertad: introducción a los nuevos movimientos sociales*. Madrid: Paidós.
- Solari, A. (1968). *Estudiantes y política en América Latina*. Caracas: Monte Avila Editores.
- Tilly, C. (1995). Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas. *Sociológica*, 13 - 36.
- Vargas, O. (2005). *Movimientos universitarios. América Latina Siglo xx*. Tunja: Editorial Jotamar.

*Hemos terminado nuestro  
irresponsable paseo por los  
jardines académicos. Ilesos, y sin  
ninguna mancha, nuestra  
ignorancia se conserva intacta.*

***J.G. Cobo Borda***